





V^C HISTORIA DE LA
VIHAD





JOSÉ JAVIER ESPARZA

VII HISTORIA DE LA JIHAD

Catorce siglos de sangre
en el nombre de Alá

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Esparza, José Javier

Historia de la yihad : catorce siglos de sangre en el nombre de Alá / José Javier Esparza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2015.

384 p. ; 24 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-9871-1

1. Historia de las Religiones. 2. Religión. 3. Guerra. I. Título.
CDD 200.7

Historia de la yihad. Catorce siglos de sangre en el nombre de Alá

José Javier Esparza

© Sant Yago, S. L., 2015

© La Esfera de los Libros, S. L., 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay,
Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagonas 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: mayo de 2015

1ª edición en la Argentina: diciembre de 2015

ISBN 978-950-02-9871-1

Impreso en Printing Books S. A.,

Mario Bravo 835, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en diciembre de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
 Primera parte EL ORIGEN 	
1. Una historia sin historia	17
2. En un lugar de La Meca	25
3. La primera yihad: los sucesores	41
4. Cómo se rompió el islam: de la yihad a la fitna	53
5. Las escuelas del islam: el camino al fundamentalismo	65
 Segunda parte CUANDO LA YIHAD LLEGÓ A ESPAÑA 	
6. Cómo llegó a España la yihad	81
7. Almanzor: retrato de un yihadista	99
8. Contra yihad, cruzada	117
9. La yihad exterior: almorávides y almohades	131
10. La yihad de Averroes	155
11. La yihad interior: mudéjares, nazaríes y benimerines	163

Tercera parte

LA YIHAD DE LOS ANTIGUOS

12. La fragmentación del califato	179
13. Las cruzadas de Tierra Santa	189
14. Mamelucos, mongoles y el padre de la yihad moderna	207
15. De Constantinopla a Viena, pasando por Lepanto	217
16. La yihad de los pobres	237

Cuarta parte

LA YIHAD DE LOS MODERNOS

17. Los Hermanos Musulmanes	249
18. La primera república islámica	259
19. La revolución de Jomeini	267
20. Santo petróleo	279
21. Cuando Osama Bin Laden encontró su destino	289
22. La multiplicación del yihadismo	299
23. Osama tiene en la mano una red	309
24. 11-S: el día que cambió el mundo	321
25. De la primavera árabe al invierno islamista	333
26. La yihad espectáculo: el Estado Islámico	345

<i>Apéndice. La yihad y su mundo en 31 preguntas</i>	363
--	-----

<i>Mapas</i>	373
--------------------	-----

<i>Bibliografía para saber más</i>	379
--	-----



*A los veintiún mártires
coptos de Libia.*



PRÓLOGO

Milad, Kirollos, Ezat, Esam, Malak, Tawadros... Sus nombres no nos dicen nada, ¿verdad? Quizá nos digan más si añadimos que son algunos de los veintiún cristianos egipcios, coptos, asesinados por el Estado Islámico en una siniestra ejecución ritual en una playa de Libia. Fue el 15 de febrero de 2015. Murieron rezando. Su sangre —inocente— se derramó sobre las mismas aguas en las que los turistas retozan durante sus vacaciones.

¿Por qué nos impresionó tanto? Quizá por eso: porque el agua era la misma que surcan los cruceros de lujo, la misma donde se bañan orondas turistas en *top-less*. Pero la matanza no podía tomarnos por sorpresa. Durante meses, todo el mundo había venido asistiendo a la barbarie del EI (o ISIS, o DAESH) entre el horror y el estupor. Sus vídeos, elaborados con una estética tan cuidadosa como macabra, recorrían el ciberespacio dejando tras de sí ese indefinible estremecimiento que provoca lo que no entendemos. Después de aquellos veintiuno llegaron otros. Antes habían sido muchos más: habíamos visto sus cabezas clavadas en las verjas de parques públicos. Era la culminación exasperada de una larga cadena de violencia que ha dejado tras de sí infinitas masacres, desde el 11-S norteamericano hasta las matanzas de Luxor, Bombay, Bali...

¿Cosa nueva? No: brutales actualizaciones de un pasado marcado por la muerte en nombre de una religión. No, no podía tomarnos por sorpresa. Y sin embargo, quizás es que no queríamos verlo. Preferíamos imaginar que el mundo es Disneylandia. Como cuando nuestra infame elite política quiso «combatir» el secuestro masivo de niñas nigerianas colgando muy sentidos *hashtags* en twitter. Para confortar

la mala conciencia encerrándose en el propio ombligo. Pero eso ya no es posible. En último extremo, a los vídeos asesinos del EI habrá que atribuirles al menos un mérito: el de obligarnos a afrontar una terrible realidad. Enunciémosla así: la yihad existe, es hija del islamismo y nace del islam. Y no es posible combatir el horror sin enfrentarse a sus causas.

¿De verdad el horror de esta yihad contemporánea nace del islam? Los políticos occidentales, de manera casi unánime, suelen decir que no: que esto no es el islam; que el islam es una religión de paz; que los terroristas no son verdaderos musulmanes. ¿Verdad? ¿Mentira? Es innegable que voces muy autorizadas del islam han reprobado sin ambages la violencia yihadista. Después del crimen masivo de Libia, el gran muftí de Egipto, Shauki Allam, condenó los asesinatos y recalcó que son «actos vacíos de la gran tolerancia del islam». Los yihadistas del Estado Islámico —decía Allam— no comprenden el significado del Corán y mantienen interpretaciones erróneas de los dichos de Mahoma. Bien. Sin embargo, el hecho es que un número creciente de musulmanes en todo el mundo aprueba la violencia en nombre de su fe. Y mientras el gran muftí y otros dignatarios políticos y religiosos del mundo islámico condenan los crímenes, otros muchos musulmanes levantan las banderas de los asesinos. ¿Por qué?

Este libro quiere ofrecer algunas respuestas. Primero y ante todo: lo que está ocurriendo solo puede entenderse desde dentro del islam, desde su propia evolución histórica y, por tanto, solo desde él puede resolverse. Yihad es la palabra clave. Hace solo treinta años, la palabra «yihad» apenas salía del restringido círculo de unos pocos especialistas. Hoy, por el contrario, está en boca de todo el mundo: «yihad» y «yihadismo» son conceptos que, bien a nuestro pesar, forman parte de nuestra vida cotidiana. ¿Pero qué es yihad? ¿Es realmente guerra santa? ¿Hay otras formas de yihad? ¿Y si es «santa», por qué mata a cristianos o musulmanes indistintamente? ¿El terrorismo es yihad? ¿Por qué? ¿Y en qué se parece a las sucesivas yihad declaradas a lo largo de su historia? ¿Tienen razón los gobiernos occidentales cuando dicen que los actuales yihadistas no son verdaderos musulmanes?

La idea de la yihad ha acompañado permanentemente al islam a lo largo de toda su historia: desde sus orígenes en Arabia hasta hoy. Aquí veremos cómo y por qué. Repasaremos la historia del mundo musulmán, para terminar en nuestros días. El objetivo de este libro es contar la historia de la yihad y hacerlo de manera que cualquier persona de cultura occidental pueda entenderlo. Este libro no es una historia de la civilización islámica. El islam es mucho más que la yihad y sería necio reducirlo a eso. Pero —insistimos— la yihad es un concepto específicamente islámico, solo desde el islam se entiende y solo desde él puede neutralizarse.

Prevención importante: esta historia es una historia sin historia, una historia congelada, porque en la mente del islamista todo transcurre en perpetuo presente. Es también una historia abierta, una historia sin final. El yihadismo no tendrá final mientras haya musulmanes convencidos de que el mundo se divide en Dar al Islam y Dar al Darb, que Dar al Darb debe ser conquistado, que en esa conquista no basta con la dawa, la predicación, sino que hay que emplear la yihad entendida como combate material, y que la muerte del prójimo, sea fiel o infiel, es una herramienta deseada por Alá para imponer la sharia, la ley islámica, tal y como la legaron literalmente el Corán y la sunna. Esta es la clave. No es lo que el mundo quiere escuchar, pero es la verdad.

Algunas cuestiones de orden editorial. Primera: para las citas de textos coránicos, hemos optado por reproducirlos tal y como se pueden leer en las versiones oficiales del Corán, lo cual incluye los complementos entre corchetes que los doctores islámicos han añadido desde hace siglos al texto original. El recurso no facilita la lectura, pero sí aclara su sentido y, en todo caso, es el proceder cabal que los musulmanes aconsejan. Segunda cuestión: para las transliteraciones de palabras en árabe, incluidos los nombres propios, hemos optado con carácter general por acercarlas lo más posible a la pronunciación en español (por ejemplo, «Maududi»). Solo aplicamos dos excepciones: una, aquellas palabras a las que la tradición española ha asignado una grafía específica (Alá, Mahoma, etc.); la segunda, aquellas palabras cuya grafía internacional se ha consagrado al margen de la pronun-

ciación concreta en cada lengua (ikhwan, fatwa, etc.). El objetivo en todos los casos es facilitar el trabajo al lector.

Con el mismo espíritu, el libro incluye algunos mapas que sirven de apoyo a la lectura: el primero describe el hogar originario del islam en el siglo VII y las campañas expansivas de los primeros califas; el segundo dibuja el ámbito de máxima expansión del islam en sus siglos iniciales; el tercer mapa, de carácter religioso, señala las áreas de presencia de las tres ramas del islam, a saber, suníes, chiíes y jariyíes (o ibadíes), con una gradación de gris que expresa las magnitudes porcentuales de cada cual; por último, un cuarto mapa recoge la localización geográfica de los principales grupos yihadistas y consigna el número de víctimas en conflictos nacionales, esto es, excluidos los atentados terroristas. Y, en fin, esta *Historia de la yihad* incluye una bibliografía básica cuyo objetivo no es recoger la totalidad de las fuentes empleadas por el autor, sino más bien servir al lector una panoplia de textos útiles para ampliar conocimientos sobre la materia.

El mismo día que la primera edición de este libro se daba a la imprenta, terminando abril de 2015, el gobierno egipcio de Al-Sisi condenaba al islamista Mohamed Morsi, expresidente del país, a veinte años de cárcel, y desde Irak se informaba de que el sanguinario califa del Estado Islámico, Abu Bakr Al-Baghdadi, había resultado gravemente herido en un ataque aéreo. Noticias importantes, pero, al cabo, pasajeras y que cambian poco el panorama, porque la yihad sigue estando ahí, recogida en los pliegues del legado de Mahoma. ¿No hay manera de escapar a esa maldición cuyas primeras víctimas son los propios musulmanes? Relatar la historia de la yihad es imprescindible para contestar a esta pregunta.

PRIMERA PARTE
EL ORIGEN





UNA HISTORIA SIN HISTORIA

Mahoma predicó hace catorce siglos. Pero el tiempo no ha pasado. La Historia no ha tenido lugar.

Kuyua, norte de Irak, a 90 kilómetros de Mosul, agosto de 2014. El Estado Islámico (ISIS en inglés, Daesh en su acrónimo árabe) conquista varias aldeas de la etnia *yazidí*. Como es preceptivo, los milicianos del Estado Islámico instan a los cautivos a su conversión al islam. En realidad es una mera formalidad sin objetivo catequético: incluso en el caso de que algún yazidí abrace el islam, su destino será inevitablemente la muerte. Los yazidíes son una antiquísima etnia kurda que profesa una religión singular, mezcla de zoroastrismo persa y elementos tomados del sufismo musulmán. Entre otras cosas, su fe les autoriza a renegar de sus creencias. Los milicianos del Estado Islámico lo saben. También creen que los yazidíes toman su nombre del califa Yazid, aquel que en el siglo VII asesinó a un nieto de Mahoma, el imán chií Husayn ibn Ali. Para los del Estado Islámico, los yazidíes no son otra cosa que adoradores del demonio y su destino solo puede ser la muerte. Todos los cautivos son conducidos ante la autoridad religiosa. Esta dicta la sentencia: muerte por decapitación. Son 80 víctimas. El día anterior, en la aldea de Kocho, fue todavía peor: 312 yazidíes. Y una semana antes, en Jansur, Koya y Hetin, la cifra ascendió a 500 muertos. Los hombres son degollados. Las mujeres y los niños, esclavizados. Un buen número de los cautivos, tanto mujeres como niños, se convertirán en esclavos sexuales de los milicianos del Estado Islámico. Algunas de las esclavas serán vendidas en otros puntos del país. Precio: entre 500 y 43.000 dólares.

Medina, en la región del Hiyaz, al oeste de la actual Arabia Saudí. Año 627 de la era cristiana, año 6 de la hégira musulmana. Mahoma,

expulsado de La Meca, se ha instalado allí y es el caudillo indiscutible de la ciudad. Los mequíes sitian Medina con un gran ejército. Por todas partes se cavan trincheras. Con ellas consigue Mahoma frenar a los atacantes. Pero en el interior de la ciudad —en realidad, una aglomeración de campamentos tribales en torno a un oasis— surge un problema: una tribu judía de Medina, los Banu Qurayza, ha pactado con Mahoma, pero también con los de La Meca. Bajo ningún concepto quieren enemistarse con los mequíes, cuyas caravanas son una buena fuente de recursos. ¿Qué partido tomar? Mahoma no dejará opción; los considera traidores. Aislados y sin apoyo, los Banu Qurayza terminan rindiéndose. El Profeta hace cavar fosas en la plaza principal de Medina y ordena que todos los varones sean conducidos ante su presencia. La sentencia de Mahoma es inapelable: todos, uno a uno, serán decapitados. Entre 800 y 900 hombres, según las distintas fuentes. En cuanto a las mujeres y los niños, su destino es la esclavitud. Una de las mujeres, Rayhana, será esclava de Mahoma. Se cuenta que el Profeta intentó convertirla al islam, sin éxito. Eso es, al menos, lo que se infiere de la biografía de Mahoma que escribió Ibn Ishāq.

Mismo escenario de Medina, año 630 de la era cristiana, año 9 de la hégira. Mahoma retorna a la capital después de la victoriosa batalla de Tabuk, donde, según la tradición musulmana, se ha enfrentado a los ejércitos de Bizancio. A su vuelta, el Profeta se encamina a orar a la mezquita de Al Dirar. Sin embargo, una súbita revelación le detiene: «Quienes construyeron una mezquita para hacer daño —le dice una voz—, difundir la incredulidad, sembrar la discordia entre los creyentes y refugiar a quienes combaten a Alá y a Su Mensajero juran que la construyeron para hacer un acto de beneficencia, pero Alá atestigua que mienten (...). No ores en ella nunca». La revelación se cuenta en la sura 9 del Corán, versículos 107 y siguientes. Al parecer, la tal mezquita había sido erigida por algunos fieles que rehusaron acudir a la mezquita vecina, la de Quba, levantada por el propio Mahoma, con el argumento de que este último lugar había sido establo de un asno. Dicen otros comentaristas que, en realidad, la mezquita de Al Dirar era la «tapadera» de un viejo monje cristiano, Abu Amir al Rahib, que desde allí planeaba dar un golpe contra Mahoma y sembrar la discordia

entre los musulmanes. El hecho es que el Profeta, persuadido de que Al Dirar es un nido de hipócritas, ordena incendiar y destruir la mezquita. Desde ese día será llamada «mezquita de la oposición» o de la «discordia». Así Mahoma destruyó una mezquita.

Enero de 2015, Mosul, en el norte de Irak. Milicianos del Estado Islámico cercan una antigua mezquita de la ciudad en el barrio de Faruk y siembran de explosivos su interior. Argumento: es una mezquita impía porque se levanta sobre un antiguo cementerio. En las semanas anteriores han hecho lo mismo con otros templos musulmanes y cristianos. Anuncian además que otras diez mezquitas correrán idéntica suerte en los próximos días: la demolición. Se trata en su gran mayoría de mezquitas de la rama chií, la otra gran familia del islam, minoritaria en el conjunto del mundo musulmán, pero de amplia presencia en Irak. Ahora bien, el Estado Islámico es suní y, por consiguiente, los chiíes les parecen sembradores de discordia. Por eso el Estado Islámico destruye mezquitas.

11 de enero de 630. Después de largos años de guerra, Mahoma entra en La Meca sin apenas resistencia. Avanza en su caballo blanco hacia la Kaaba, el templo elevado en torno a la Piedra Negra, donde se acumulan los ídolos de los politeístas. El Profeta toca la piedra con su bastón, grita: «¡Alá es el más grande!» y hace destruir todas las estatuas, por impías. Después da las siete vueltas preceptivas a la Kaaba, pide sus llaves, respeta el oro y las monedas allí dejadas por los fieles, pero ordena borrar todas las pinturas del interior. Porque no hay más Dios que Alá.

Marzo de 2015. La agencia de noticias kurda Rudaw informa de que el Estado Islámico ha penetrado con *bulldozers* en los restos arqueológicos de Dur Sharrukin, la antigua capital asiria, asolando edificios y repartiendo cargas explosivas. Entre las reliquias destruidas más importantes destaca el palacio del rey asirio Senaquerib, hijo de Sargón II, y el palacio del propio rey Sargón II. En los días previos habían destruido por el mismo procedimiento la ciudad ancestral de Hatra, al sur de Mosul, capital del antiguo Imperio parto (200 a. C.), y la localidad asiria de Nimrud, de tres mil años de antigüedad. Porque no hay más Dios que Alá.

Catorce siglos, sí, separan la matanza de los Banu Qurayza y la masacre de los yazidíes, la destrucción de la mezquita de Al Dirar y la demolición masiva de mezquitas en Mosul, la «depuración» de la Kaaba de La Meca y el asolamiento de viejas ciudades asirias. Lo que sorprende es que, pese a la enorme distancia temporal, el procedimiento es el mismo. Han pasado mil cuatrocientos años, periodo en el que el mundo ha conocido nuevos océanos y nuevos continentes, la vida del género humano ha cambiado por completo, han aparecido medios de comunicación y de transporte inimaginables en tiempos de Mahoma, los saberes se han multiplicado al mismo paso que los medios de destrucción. Pero ese compás de mil cuatrocientos años es irrelevante para quienes consideran que la verdad suprema quedó fijada de una vez para siempre en los tiempos originarios, y no solo en el espíritu de la revelación divina, sino también en la letra estricta de los hechos del Profeta. El Estado Islámico, cuyas atrocidades tanto han impresionado a la opinión pública del siglo XXI, no hace sino repetir literalmente los hechos atribuidos a Mahoma en el siglo VII. Es como si el tiempo se hubiera congelado en el islam. Los gestos que hicieron grande al hombre santo de la religión musulmana no pueden ser sino imitados por quienes, hoy, intentan reconstruir la gloria del califato.

Pero esto, ¿no es cosa del pasado? No. O no necesariamente. Examinemos la cuestión y, de paso, adelantemos conceptos que van a ser cruciales en las páginas que siguen. El islam es, sí, una religión: Dios es Alá, que reveló su verdad al profeta Mahoma, el cual dejó impresa la revelación en el Corán. El islam tiene cinco principios, a saber: uno, que Dios existe, que es uno y único, que no es representable ni tampoco puede materializarse ni encarnarse; dos, que hay un mundo superior, angélico, de luz; tres, que el Corán es la única revelación inalterada; cuatro, que las profecías son ciertas y hay que creer en ellas, y, por último, que un día todo volverá al principio, vendrá el Juicio Final y solo existirá Alá. Junto a estos cinco principios, hay otras tantas prácticas, los famosos «cinco pilares del islam», que son la oración, la limosna —que incluye la contribución al culto—, el ayuno, la peregrinación a la Kaaba de La Meca y la profesión de fe, es decir, que «no hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta». El camino recto que con-

duce a la salvación consiste en someterse a esa verdad revelada. Islam quiere decir precisamente «sumisión». Pero no estamos solo ante una serie de prescripciones para la espiritualidad individual y colectiva, porque el Corán aspira también a fijar el orden civil, legal, de la vida en todos los aspectos. Hay una forma islámica de vida que se llama *din* y que va más allá incluso de lo religioso y de lo político. Así, del Corán y la tradición mahometana se deduce una ley: la *sharia*, la ley islámica.

¿Y eso que en occidente llamamos «islamismo» qué es? El islamismo no define por entero al islam, pero procede de él y solo por él se explica. Lo que entendemos por islamismo es la pretensión, en nombre de la ortodoxia religiosa, de extender el gobierno de la ley coránica a todas las esferas de la vida (empezando por la política), lo cual, por otra parte, guarda perfecta coherencia con la letra y el espíritu del Corán. Es lo mismo que a veces se llama fundamentalismo o integrista. El problema es que, en el islam, el fundamentalismo no es una desviación, sino una opción perfectamente legítima.

En este marco, el yihadismo representa un paso más allá: yihadismo viene de yihad, palabra árabe comúnmente traducida como «guerra santa», es decir, la imposición del islam por la fuerza de las armas. En realidad, yihad significa propiamente «lucha» o «esfuerzo» y es una de las obligaciones capitales de cualquier musulmán. Su interpretación en términos literalmente bélicos es discutible. Muchos sostienen que en realidad se trata de una «lucha espiritual» interior. Según la interpretación más habitual, hay una «yihad mayor», que es la lucha personal por mejorar a ojos de Dios, y hay una «yihad menor», que es el combate físico contra los enemigos del islam. Pero, en cualquier caso, la interpretación bélica cuenta con numerosos avales en la propia órbita cultural islámica, máxime cuando el propio Corán abunda en prescripciones de orden guerrero. Un personaje habitualmente reputado como moderado humanista, Averroes, dedicó un libro precisamente a reglar la yihad. Es decir, que la yihad hunde sus raíces en la visión islámica del mundo, y de ahí procede su prestigio cultural y religioso en el ámbito musulmán, lo mismo ayer que hoy. El yihadista, pues, es un islamista que opta por la lucha armada para imponer su fe. No todos los musulmanes son islamistas. No todos los islamistas son yihadistas. Pero es un hecho que los yi-

hadistas se han convertido, a ojos de muchos musulmanes de hoy y de siempre, en la auténtica vanguardia del islam.

Hoy y siempre, en efecto. Cuando se habla de «yihad» y de «guerra santa» en el islam, lo primero que hay que tener en cuenta es este dato fundamental: aquí la perspectiva temporal no tiene sentido. En el mundo moderno estamos acostumbrados a hablar de Historia aplicando una lente específica que sitúa a los hombres y a los hechos en una determinada dimensión de profundidad y les atribuye tal o cual posición en el espacio y en el tiempo, posición siempre relativa en función de contextos concretos. La palabra es «distancia». Pero esa distancia no existe en el relato de la yihad. Al revés: el dibujo de la yihad solo se entiende si prescindimos de la perspectiva temporal y ponemos a Mahoma sentado al lado de Al Baghdadi, el sanguinario líder del Estado Islámico, bebiendo el mismo té junto a Yusuf ibn Tasufin, el emir almorávide del siglo XI, y Mehmed VI, el último califa del Imperio otomano. ¿Es un delirio? Solo si pensamos la Historia como un movimiento evolutivo, según la visión moderna, o como un *continuum* que ha de llevarnos a alguna parte, como ocurre en el cristianismo, pero nada de eso es prescriptivo en el islam.

Con frecuencia se oye decir en Occidente que la barbarie islamista es fruto de una suerte de «retraso» histórico. El problema no sería, pues, el islam, sino el «atraso» del mundo musulmán respecto a Occidente. Consecuencia lógica: el día que los musulmanes sean como los occidentales, desaparecerá la violencia. El argumento adolece de la petulante presunción de pensar que el destino de todo ser humano es convertirse en alguien «como los occidentales», pero goza de mucha fortuna en boca de innumerables creadores de opinión. Como contrapartida, también la religión cristiana, en el pasado, escribió numerosas páginas de violencia, ¿no? En febrero de 2015, en el tradicional «desayuno nacional de oración», el presidente norteamericano Obama condenaba la violencia del Estado Islámico y, a renglón seguido, la relativizaba con estas palabras: «Y para que no nos subamos a un pedestal y pensemos que esto solo sucede en otras partes, recordemos que durante las Cruzadas y la Inquisición, la gente cometió actos terribles en nombre de Cristo».

A Obama cabría recordarle que el objetivo inicial de las Cruzadas fue recuperar tierras cristianas conquistadas a viva fuerza por los musulmanes. Tampoco estará de más recordar que la Inquisición —por ejemplo, en España— no llevó al cadalso más que a unas 10.000 personas en tres siglos, y eso según los cálculos más encarnizados (los de Joseph Pérez, por ejemplo). En comparación, el número de muertos causado por los Estados Unidos en la guerra de Irak de 2003 fue de 30.000 bajas en mes y medio según las cifras del general Tommy Franks, y eso sin contar las bajas civiles. Los Estados Unidos no lo hicieron, ciertamente, «en nombre de Cristo». De hecho, hace muchos siglos que nadie mata en nombre de Cristo. Y en cualquier caso, la respuesta más brutal que se le dio a Obama fue la del propio Estado Islámico en Libia, que a los pocos días de aquellas declaraciones decapitaba salvajemente a veintiún cristianos coptos egipcios en las playas de Sirte. ¿Culpables, tal vez, de haber cometido «actos terribles en nombre de Cristo»? Bravo, Barack.

No, no es cuestión de atrasos y progresos. En rigor, ese planteamiento carece completamente de sentido cuando hablamos de culturas ajenas a la nuestra. El de «progreso» es un concepto exclusivamente occidental, una secularización —materialista— de la idea cristiana de salvación al final de los tiempos. Para la mentalidad musulmana es algo incomprensible. En el islam la Historia no es una línea. El sentido islámico de la Historia puede definirse como un despliegue incesante de lo sagrado sobre el mundo en una suerte de presente permanente. Así lo explica el Sheij Ali Al-Husaini en su *Manual del islam*.¹ La realidad sagrada se expande en perpetua lucha contra la realidad mundana. Vale decir que el islam se expande en perpetua lucha contra todo lo que no es islam. No hay progreso, es decir, no hay mejora inherente a la marcha del tiempo. Aún más, el tiempo, para el musulmán, vive en un continuo acercamiento a su final. Y por el Profeta sabemos —sigue Al-Husaini— «que el triunfo del islam es indefectible, y que se producirá con la aparición (según los sunitas) o la reaparición (según los chiitas) de Al-Mahdí, no solo como gobernante del islam, sino como

¹ <http://www.senderoislam.net/conferencia006.html>.

gobernante universal con autoridad sagrada, lo cual es reconocido por todas las escuelas islámicas sin excepción». ¿Y quién es Al-Mahdí? Nadie lo sabe, pero Mahoma anunció su venida para «llenar la tierra de paz y de justicia como antes estuvo llena de iniquidad y opresión». Por eso no tiene sentido oponer a la barbarie islamista una visión de corte «progresista»: sencillamente, es un lenguaje ajeno a la visión musulmana de las cosas.

Y entonces, ¿no se puede oponer nada a la barbarie de los asesinatos masivos en nombre del islam? Sí, por supuesto. Máxime cuando es un hecho que, para la mayoría de los musulmanes, los crímenes del Estado Islámico o los atentados de Al Qaeda son repugnantes. No podría ser de otro modo cuando, además, las víctimas de unos y otros son muy mayoritariamente musulmanes. Pero la respuesta no puede venir de fuera, sino de dentro del propio islam. Es el propio islam el que ha generado una visión de la religión donde el recurso a la violencia halla legitimidad *santa*. Esto es así desde sus orígenes y no ha dejado de estar presente jamás en toda la historia de la religión musulmana. Lo que este libro se propone es un recorrido por la «guerra santa» islámica a lo largo de su historia, desde las campañas de Mahoma hasta las del Estado Islámico. En el recorrido se verá que la interpretación bélica de la yihad es una constante en el mundo musulmán. Léase como una historia contada en perpetuo presente.